

do los ánimos de cometer un asesinato, ⁽¹⁾ esos principios son un poco extraños; pero precisamente por esto deberíamos prescindir de las aspiraciones cristianas, y al punto nos parecerían aquellos aceptables.

Y bien, es la última palabra; nada tenemos que añadir. Nuestros mismos adversarios expresaron el principio de la prueba de que depende todo para nosotros; ó hay la creencia en un estado primitivo sobrenatural y una decadencia de ese estado, como enseña el Cristianismo, ó bien hay un estado de naturaleza, contrario á la naturaleza, inhumano, horrible.

(1) Bastian, I, 244 y sig.

CONFERENCIA III

PECADO ORIGINAL Y PECADO HEREDITARIO

1. El trato de las almas enseña que nuestra miseria tiene el carácter de pecado y que proviene de una falta.—Está fuera de duda que el hombre no es como debiera ser; si no fuese tan dado al disimulo y á la falta de sinceridad, no le sería difícil sondear toda la profundidad de su corrupción. Precisamente porque se rodea de tantos cuidados para que nadie lea en su interior, da la prueba mejor de que no está allí todo en orden; le conocemos bastante para saber que estaría días enteros á la ventana, descubierta el pecho, si encontrase en esa actitud algo que le honrase ante los hombres.

Como consecuencia de ese espíritu de reserva, un juez de instrucción apenas tiene trabajo con un acusado, ni el médico del alma y el historiador de la civilización con el enfermo que debe auscultar para encontrar donde reside el mal, es decir, la humanidad. Pues así que el hombre nota que se trata de eso, procede como los niños cuando van á bañarse en la primavera; el que entra sufre un temblor instintivo y piensa para sí: ¡Si estuviese fuera! Pero cuando sus camaradas le preguntan desde la orilla cómo se encuentra, dice en alta voz, dando diente con diente, que no tiene frío, que, al contrario, se encuentra muy bien. Así todos nosotros nos quejamos de la malicia del mundo y deseamos siempre librarnos de su influjo; pero cuando se nos pregunta donde está el mal, no queremos ya hablar de ello, y nos faltan palabras para afirmar que el mundo no es tan malo, que, por el contrario, es muy bueno.

Para quien conoce el alma, esa falta de lealtad prueba que en el fondo de su corazón la humanidad se avergüenza de su miseria, que confiesa millares de veces, y que en muchos casos hasta exagera mucho; pero como nadie se avergüenza de lo que no es vergonzoso, y únicamente lo es aquello á que va unida una falta personal, no está exenta de culpa la miseria en que el hombre languidece. No es solamente una miseria, sino también un pecado.

También es claro que esa culpa debe tener una causa que hay motivos para callar, una causa, por consiguiente, vergonzosa también, una causa que es pecado y peor todavía que la miseria misma, pues preferimos negar que no estamos satisfechos á admitir que nuestro malestar proceda de una falta.

Para quien conozca el corazón del hombre, son tan ciertas esas conclusiones como si las leyese en su mente. Pocas ciencias exceden á la psicología en la seguridad y en el valor general de sus afirmaciones; toda negación es inútil ante quien conoce á los hombres; si un juez de instrucción no descubre la verdad en la mentira, la culpabilidad en el pretexto especioso, poca experiencia tiene, en verdad, de la vida y del corazón humano.

2. La doctrina de la Revelación acerca del pecado original y del pecado hereditario.—Sin embargo, como toda ciencia humana, la psicología puede engañarse. Únicamente la verdad no se engaña nunca; pero la palabra de Dios es verdad, y si ella habla el mismo lenguaje que la ciencia del corazón humano, tenemos entonces todas las garantías posibles de haber acertado.

En el caso presente, la palabra de Dios concuerda perfectamente con lo que nos indica la observación del hombre y de la humanidad. También la Revelación nos dice que el estado en que se encuentra el mundo actualmente, es, no sólo un estado de miseria, sino una vida de pecado; que el mal en que gemimos es, no sólo un mal fundado en la miseria exterior, sino un mal que es ante todo una miseria moral; y que todo nuestro mal, tanto interior como

exterior, el sufrimiento y la falta, el pecado y el castigo tienen á su vez una causa que es culpable, y que ella misma contiene más iniquidad que la corrupción procedente de ella.

Nadie puede creerse exento de falta; sin embargo, podemos declarar, aun cuando hemos contribuído mucho por nuestra cooperación á esta miseria, que no somos la causa directa, sino que la hemos heredado con nuestra naturaleza.

Esta se halla corrompida; si cayó en el estado en que hoy se encuentra, no fué ciertamente sin culpa nuestra. Pero nadie tampoco, al nacer, la recibió como hubiera debido ser; nuestros padres nos la han comunicado corrompida, y ellos también la recibieron de sus padres en el mismo estado de desorden. Hubo, sin embargo, un tiempo en que estaba intacta; no salió de las manos de Dios en ese estado de decadencia en que se halla; en un principio era buena, era más que buena, era justa y perfecta. Ahora está despojada de su santidad sobrenatural; hasta está lesionada en su bondad natural.

Sucedió esto por efecto de una causa que fué á un mismo tiempo el primer pecado y la raíz de todos los demás pecados. De ese pecado primitivo procede el pecado hereditario, es decir, la pérdida de la justicia primitiva paradisíaca, así como la devastación y el mal que encontramos en nuestra naturaleza desde la infancia. Todo esto no puede ser reunido en términos más concisos que lo hizo Sannazaro en el pasaje siguiente: «Cuando un deseo insensato hizo coger con mano criminal el fruto de oro del árbol de la ciencia del bien y del mal á los primeros padres de la humanidad, sus descendientes heredaron un amargo resalio de este dulce goce. Indignos de los dones del Señor, perdieron lo que poseían. Desterrados del Paraíso, condenados á un trabajo penoso, serán oprimidos por el pecado, por la miseria y el temor de una muerte que no se hará esperar largo tiempo». ⁽¹⁾

(1) Sannazaro, *De partu Virginis*, 3, 52 y sig.

3. La teología protestante y el pecado hereditario.

—En frente de esta doctrina de la Revelación, se levanta la incredulidad en todas sus formas, conduciendo al combate las fuerzas reunidas de sus campeones pasados y futuros.

Desde luego nos encontramos con el ejército de teólogos protestantes casi entero. No es difícil, en efecto, comprender cómo las cosas han sucedido así, casi diremos cómo las cosas han debido suceder así, pues cada exceso se venga por una reacción que le responde.

Los Reformadores y sus primeros discípulos habían creído no poder encarecer nunca bastante las consecuencias del pecado original. El hombre, decían, está tan corrompido por el pecado hereditario, que no le quedó ya fuerza para el bien, y que el pecado mismo pasó completamente á su naturaleza. No es de extrañar que la razón, es decir, la naturaleza se haya rebelado contra esas afirmaciones, prueba cierta de que no está del todo corrompida por el pecado, como pretendía en un principio el Protestantismo.

La reacción comenzó á advertirse en la doctrina de un estado primitivo y de santidad. Gerhard le niega sin más miramientos. Admitir una perfección sobrenatural en el hombre, dice, sería rebajar la creación divina; es absolutamente como si se pretendiera que la naturaleza creada por Dios hubiese sucumbido al mal sin ningún sobrenatural auxilio. ⁽¹⁾ La naturaleza es bastante buena y bastante fuerte por sí misma.

Si el representante más conspicuo de la llamada ortodoxia luterana habla así, se comprenderá fácilmente lo que sucedió después que la verdadera fe se hizo objeto de burla y de desprecio. En tiempo del Racionalismo, cuando las palabras fe y sobrenatural inspiraban aún más cólera que á Lutero las palabras razón y naturaleza, fué muy viva la lucha contra esta doctrina; especialmente Reimaro dirigió contra ella toda su bravura anónima. ⁽²⁾ Lo

(1) Gass, *Geschichte der protest. Dogmatik*, I, 286.

(2) Strauss, *S. H. Reimarus*, 160.

que él dejó en pie, fué sacrificado por Doederlein al espíritu del tiempo. ⁽¹⁾ Desde entonces es general enseñanza de la teología protestante que no hubo nunca una santidad sobrenatural primitiva, sinó que el estado primitivo fué un estado puramente natural. ⁽²⁾

Llegó entonces la vez á la doctrina del pecado original y del pecado hereditario. Se encontró—y ¿qué no se encuentra cuando se busca?—se encontró, decimos, que la enseñanza del pecado hereditario era una invención de San Agustín. Pelagio, que había tenido muy sin razón una mala reputación hasta entonces, era muy superior á Agustín en severidad, en pureza de doctrina y en erudición. Desgraciadamente, como dice Semler, ⁽³⁾ había sucumbido á las sutilezas infantiles y al orgullo sin límites de Agustín. Pero aunque Pelagio sucumbió al número, la causa que representaba, y por consiguiente, la ciencia protestante moderna, no ha sucumbido; pues, como pretende Ritschl, la enseñanza que combatía Pelagio, la enseñanza de una caída del género humano, no está mencionada en la Escritura. ⁽⁴⁾ Rothe asegura que ni el Redentor ni ninguno de los Apóstoles sabe una palabra del pecado hereditario. ⁽⁵⁾ En San Pablo, hay sin duda algunas expresiones que aparentemente parecen indicar que admitía algo parecido, pero no son más que apariencias. ⁽⁶⁾ En cuanto al antiguo Testamento, especialmente el Génesis, nada dice. ⁽⁷⁾ El relato bíblico del pecado original no tiene una palabra para decir que se apoye en la Revelación divina. Esto es lo que hace dudar si es un relato histórico propiamente dicho; probablemente no es otra cosa que una tentativa muy imperfecta, naturalmente muy conforme al punto de vista de esta época, para resolver, de un modo

(1) Gass, *loc. cit.*, 123.

(2) Doerner, *Gesch. der protest. Theologie*, 874.

(3) Gass, *loc. cit.*, IV, 52 y sig.; III, 322-327.

(4) Ritschl, *Versöhnung und Erlösung*, III, 293 y sig., 268, 300 y sig.

(5) Rothe, *Dogmatik*, I, 311.

(6) *Ibid.*, I, 313.

(7) *Ibid.*, I, 307.

filosófico, figurado y poético, la antigua época del origen del mal. ⁽¹⁾

Hüllman presenta un ejemplo casi increíble del abuso á que puede conducir esta mala interpretación de la palabra divina. La leyenda de la lucha se refiere, dice, á una historia muy sencilla. Un día, en tiempo de la cosecha, el emir de una casta reinante confió la guarda de sus campos á un hombre á quien dió por compañeros un joven y una joven. Pero el pérfido concibió el pensamiento de robar los frutos y sedujo también á los jóvenes para hacer de ellos sus cómplices. Mas nada hay tan oculto que no acabe por ser descubierto. La perspicacia del viejo emir descubrió el robo, y la conclusión de toda la historia fué que despidió al seductor y á los seducidos. ⁽²⁾ De esta insignificante historia que se encuentra todos los días, nació el mayor de los errores, la creencia en el pecado hereditario, que por los filósofos y los poetas pasó de generación en generación. Pronto el emir se convirtió en el Anciano de los días, el guarda del campo en una serpiente, sino en el demonio en persona, las dos personas engañadas se convirtieron en la primera pareja humana, y de un robo inofensivo cometido en el campo, se hizo derivar la caída de todo el género humano.

Reiríamos de buena gana con estas cómicas pruebas de erudición, si no fuese triste pensar que tales insultos á la fe son proferidos por hombres que, abstracción hecha de los votos bautismales, han asumido, en virtud de la vocación que ellos mismos abrazaron, el encargo de predicar las verdades divinas al pueblo ávido de defenderlas á costa de cualquier sacrificio, y de sellarlas con su sangre si fuese necesario; pero se debía llegar á eso; que quien no cree en Jesucristo no puede tampoco respetar la palabra de Dios. Con razón dice Vondel: «Si no se reconoce la divinidad de Cristo, nuestro pastor, si se niega el augusto misterio de la Encarnación ¿por qué las turbas de increí-

(1) Rothe, I, 302.

(2) Stiefelhagen, *Theologie des Heidenthums*, 420.

dulos no habrían de reducir á cenizas la palabra de Dios en la retorta de los alquimistas?» ⁽¹⁾

4. La ciencia moderna y el pecado hereditario.—

Después de esto, no hay por qué extrañarnos de que la literatura profana rechace con tanto desprecio la enseñanza del pecado original y del pecado hereditario; lo que hay de asombroso es únicamente la superficialidad con que cree poder destruir la verdad que echó tan profundas raíces en el corazón de la humanidad. La ciencia moderna de los pueblos sabe á que atenerse respecto á que la fe en la Sagrada Escritura sea una superstición; pero ahora, para demostrar que el pecado original es imposible porque el hombre primitivo se encontró en una barbarie completamente animal, y que por esta razón no ocurrió una decadencia mas fuerte aun, Lubbock, el etnólogo tan celebrado, no se desdeña de recurrir á la Sagrada Escritura, que niega en principio. Esta nos enseña, dice, que los primeros hombres no estaban vestidos, y que más tarde solo se vistieron de hojas; nos muestra á Adán y Eva incapaces de resistir á pequeñas tentaciones; todo lo cual prueba que Adán fué el primer tipo de salvaje, ⁽²⁾ y que no se hallaba en un estado tan elevado como ordinariamente se cree. Por consiguiente, de la manera como la interpretan nuestros etnógrafos, la Sagrada Escritura prueba simplemente que los primeros hombres eran bárbaros incapaces de pensar, bárbaros sin civilización y sin costumbres.

Los filósofos que se ocupan en religión hacen igualmente fácil su tarea en esta cuestión oscura. Pfeiderer cree haber descubierto el mismo punto débil en la enseñanza bíblica, sólo que lo considera más desde el punto de vista moral. No se puede representar á los primeros hombres, dice, más que como individuos sin educación, como inclassificados en el aspecto moral, como seres de voluntad sencilla, es verdad, pero mala, seres sumidos en la barbarie moral. Si hubieran tenido en otro tiempo una perfección

(1) D'après Baumgartner, *Vondel*, 268 y sig.

(2) Lubbock (Passow), *Entstehung der Civilisation*, 448.

sobrenatural, como la fe admite, no habrían podido llegar á ser imperfectos. Si, pues, lo son ahora, no fueron á lo menos más perfectos antes. Toda vez que el mal se manifiesta ya de un modo considerable en el niño, así debió ser en el primer hombre. Todos crecemos en el mal; éste se halla siempre más cerca de nosotros que el bien; por consiguiente nuestros antepasados debieron tener más mal que bien en ellos. No puede, pues, haber una cuestión del pecado original; lo que nos ha hecho cometer este error, es que tenemos conciencia de que esto no debería ser como es ahora; suponemos entonces inmediatamente que el hombre fué un día como debe ser, y de ahí la apariencia de que los primeros hombres fueron un tiempo mejores que somos ahora. ⁽¹⁾

¡Qué asombrosa ignorancia de la vida real! ¡Cómo si en el hombre mejor no fuese posible y con frecuencia desgraciadamente efectiva la caída en el pecado! Sin embargo, esta ignorancia sólo es fingida. ¡Por qué Pflleiderer pasa por encima de la cuestión de cómo nació la persuasión de que lo que pasa en nosotros y en los niños no debería ser como desgraciadamente es? ¡Por qué elude la cuestión de saber cómo el estímulo del pecado es posible, si se quiere que el pecado sea natural?

Son cosas que no queremos examinar más largamente; basta hacer constar que los adversarios nos deben todavía una respuesta á las dificultades que acabamos de suscitar y sin cuya solución toda palabra es inútil. Nos basta hacer constar que la ciencia moderna no puede formular dudas serias contra la enseñanza del pecado original, y que ni siquiera trata de entrar en lo más empeñado de la discusión.

5. Preguntar cuál es el origen del mal es una prueba á favor de la creencia en una caída.—La superficialidad de esa tendencia que querría arrancar de los espíritus la creencia del pecado original se manifiesta bien cuando cree resolver la cuestión contentándose con dirigir al-

(1) Pflleiderer, *Die Religion*, I, 1869, 302 y sig., 307 y sig.

gunos ataques contra la Revelación y el Cristianismo; pero aquí tratamos una hipótesis que no imprimió la Sagrada Escritura sola en el corazón de los hombres.

Estamos ante un hecho afirmado por la historia de la humanidad, ante una creencia que la humanidad tenía largo tiempo antes de que hubiese una Biblia. Como dice con gran exactitud Pflleiderer, la antigua cuestión de saber el origen del mal en el mundo condujo á la creencia del pecado hereditario. Tal era la cuestión que se proponían también los indios y los aztecas, los filósofos griegos y los poetas romanos. Pero esa cuestión carece de sentido sin la convicción de que una cosa no existió en todo tiempo, sino que hubo alguno en que las cosas eran de otro modo. Las cuestiones: ¿De dónde procede que tres y dos son cinco? ¿De dónde procede que la existencia sea opuesta á la nada? Todos los rechazan por inútiles. Pero si pregunto: ¿De dónde procede el relámpago? Hago una pregunta muy natural, porque hubo un tiempo en que no existía, y se necesitó una causa para producirle. De la misma manera se puede preguntar: ¿De dónde proceden las malas yerbas que crecen en este campo? Porque no debería tenerlas, y podría muy bien suceder que no las tuviese, solamente en el caso de que algo no existiese ó no estuviese antes organizado como ahora ó pudiera ser de otro modo, ó no debiera ser como es, se presenta la cuestión: ¿De dónde procede esto? Por consiguiente, la cuestión del origen del mal indica que la humanidad está convencida de que hubo un tiempo diferente del actual en que el mal reina por todas partes. Pflleiderer dice con razón que no investigaríamos el origen del mal, si no estuviésemos convencidos de que no debería existir; pero si tal es nuestra convicción, estamos convencidos también de que nuestro estado actual se halla en contradicción con nuestra verdadera naturaleza. ¿Cómo, pues, habíamos llegado á creer que nuestro estado actual está en contradicción con nuestras disposiciones y que debemos hacer que desaparezca esta contradicción, si, desde el principio, nuestra naturaleza